

JESUS, HIJO DE DAVID, HIJO DE DIOS

Contribución de una exégesis actual a la "lectio bíblica"

INTRODUCCION

"Escuchar a Cristo" en la Escritura buscando integrar el verdadero mensaje bíblico en el complejo real de la propia vida presupone dos condiciones fundamentales, distintas y complementarias. Antes que nada, una lectura atenta del mundo; un discernimiento de los "signos de los tiempos" nuestros, una valoración serena de las situaciones presentes que excluya cualquier juicio pre-establecido o unilateral sobre personas o sobre sucesos. En segundo lugar, un criterio razonable y fundamentado para interpretar el texto. Un método exegético —tradicional o moderno— que permita superar la comprensión ingenua de la Escritura y la elaboración subjetiva para que clarifique el verdadero contenido del mensaje bíblico. Hacer del texto un pretexto es siempre un agravio a la Escritura.

Una verdadera "lectio bíblica", entonces, —no abstracta, no pseudo mística o intimista, no artificial— requiere escuchar atentamente las palabras de los hombres y de la historia y abrirse sabiamente a la palabra inspirada de Dios.

El fin de las siguientes reflexiones no puede ni debe ser un estudio de la situación social, cultural o religiosa del mundo y de la época presente. Ante el Congreso de Abades, venidos de distintos continentes, testimonio de una multiplicidad indefinida de situaciones concretas vividas en los diversos países de cada uno, puede constatar que la "pre-comprensión" cultural y social, necesaria para una "lectio bíblica" no alienada, es un postulado que se verifica en la diversidad de las situaciones particulares, en el *kairos* del tiempo y del espacio de cada grupo humano. Esto significa que el tejido social y cultural que determina en gran parte la comprensión de la Escritura no es uniforme y que puede encontrarse una cierta unidad sobre todo cuando se acepta el carácter de complementariedad de cada uno de los puntos de vista, siempre limitados y parciales, que condicionan toda interpretación. Querer llegar a una "pre-comprensión" uniforme, mediante una cultura o formación impuesta, una filosofía o un esquema intelectual pre-establecido, sería hacer violencia al ser individual y a las condiciones sociales de los distintos grupos humanos. Querer llegar, igualmente, a una lectura bíblica homogénea significa cerrarse a la plenitud de toda la realidad, que es múltiple y cambiante. No corresponde ni siquiera al carácter fragmentario y discontinuo de los escritos bíblicos, signo de las diferencias de las comunidades y de los autores sagrados que los originan.

Admitido el principio de las distintas "pre-comprensiones" que determinan lecturas diferentes de la Biblia, conviene considerar la segunda condición para "escuchar a Cristo" en la Escritura, es decir, precisar el método exegético que sea hoy

un criterio reconocido para una "lectura bíblica" calificada. Y en este punto llegamos al fin mismo de este tema: precisar cómo la exégesis actual permite escuchar y comprender mejor la persona y el mensaje del Cristo del Evangelio y evidenciar los aportes derivados del trabajo exegético para la reflexión cristológica, para la vida de la fe y para el seguimiento cristiano.

No se trata de presentar una lista de distintos métodos exegéticos —el alejandrino, el antioqueno, el patrístico o el medieval— ni de los diversos trabajos recientes de lectura lingüística o estructural. No se trata ni siquiera de desarrollar el análisis de la técnica propia de un método exegético determinado. En cambio, es útil detenerse en los resultados y la importancia de un método exegético ya considerado clásico y reconocido por los exégetas de las distintas confesiones cristianas: el llamado método histórico-crítico que, partiendo de una lectura diacrónica de los textos, busca reconstruir la génesis de los distintos escritos bíblicos y precisar su núcleo primitivo, su valor histórico y su contenido doctrinal para comprender después el progresivo desarrollo de la tradición y de la redacción de cada unidad literaria.

¿Por qué quedarse con los resultados de un método que hoy no puede ser considerado ni antiguo ni muy nuevo? ¿Por qué preferirlo a los otros más modernos y menos conocidos? ¿Por qué insistir en una interpretación considerada por algunos como hipercrítica y destructora del mensaje bíblico, y por otros como confusa y superada? Pese a todo, el método histórico-crítico se impone. Más allá de las polémicas de escuela, da una posibilidad sólida, indispensable para acercarse a los textos, adaptarse a las exigencias racionales de la indagación histórica actual y, lamentablemente, poco conocida en cuanto a la importancia de sus resultados. Responde además a una de las características esenciales de la fe de Israel y de la fe cristiana: la dimensión histórica de la revelación divina. La Biblia afirma la voluntad salvífica de Dios manifestada a través de la historia. Ninguna interpretación puede sustituir el esfuerzo de comprender la palabra de Dios ligada al tiempo y al espacio, vinculada a los acontecimientos históricos y a personas concretas, mensajeros suyos. Finalmente —y ésta es la razón definitiva de la elección— el fondo histórico del mensaje bíblico permanece como punto de referencia fundamental para cualquier situación social y cultural, da la base a cualquier otra lectura y método exegético. Es, por esto, de interés para todos los creyentes, sin excepción, que deseen "escuchar" el mensaje de la Escritura como palabra de Dios que se revela a través de la historia.

¿Cuáles son, entonces, los resultados más significativos de la exégesis histórico-crítica en lo que respecta a la persona de Cristo y cuál es su incidencia para la reflexión cristológica y para la fe cristiana? Esta es la pregunta que guía las reflexiones siguientes. En conformidad con el título indicado, será respondida en tres párrafos:

- 1) Jesús, Hijo de David, el Jesús terreno.
- 2) Jesús, Hijo de Dios, el Señor Glorioso. Y, por último,
- 3) los problemas y las posibilidades que derivan del confrontar al Jesús terreno con el Señor glorioso.

1. EL HIJO DE DAVID: EL HOMBRE JESUS DE NAZARETH

Sin pretender reconstruir una biografía de Jesús ni penetrar en su psicología, una lectura crítica de los textos evangélicos permite delinear los trazos inconfundibles del Señor terreno.

Jesús de Nazareth, al comienzo de su manifestación ante el pueblo de Israel aparece estrechamente unido a Juan Bautista. Muestra estar de acuerdo con la predicación escatológica del Bautista y recibe su Bautismo como tantos otros judíos que esperaban la intervención salvífica de Dios. Se hace uno de sus discípulos dispuesto a preparar los caminos del Señor. El bautismo de Jesús en el Jordán fija un hecho histórico decisivo para comprender el origen y el desarrollo de su mensaje, su raíz y su originalidad. Unido en los comienzos a Juan, Jesús se separa después, sin embargo, del maestro e inicia su camino de modo independiente y original. Reúne también El en torno suyo un grupo de discípulos —algunos de los cuales venían del grupo del Bautista— y los envía a proclamar la próxima llegada del Reino y a bautizar. Así Jesús, en la primera fase de su predicación, presenta un mensaje profético, anuncia con celo y optimismo la venida del Reino de Dios, y llama a Israel a la conversión y a la penitencia. Con su predicación y con sus milagros muestra la iniciación de la obra salvífica de Dios en favor de su pueblo. Sus primeras parábolas y sus primeras palabras no contienen ninguna referencia al rechazo de Israel ni permiten interpretar la misión de Jesús como la del Servidor sufrido (*Is* 53, 1-9) que camina hacia la muerte. Aun más, son muchos los testimonios que muestran una actitud de Jesús exclusivamente entregado a la conversión de su pueblo que ve cercana: proclama felices a los pobres (*Mt* 5,3-11 = *Lc* 6,20-23); enseña a desear la próxima llegada del Reino (*Mt* 6, 9-13 = *Lc* 11,2-4); afirma *veo a Satanás caer del Cielo como un rayo* (*Lc* 10,18); predica el Reino de Dios sin relacionarlo con su muerte. Expresa claramente que no conoce el momento de esta revelación escatológica: *Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre* (*Mc* 13,32). Anuncia, además, la intervención divina como un acontecimiento que debe realizarse antes de que pase su generación (*Mc* 13,30), es decir, como un hecho súbito e inesperado. Jesús limita su actividad pública y la de sus discípulos a Israel (*Mc* 7,27; *Mt* 10,5-6; 15,24). En cuanto a la salvación de los paganos, prevé solamente su admisión en el Reino conservando la línea profética vetero-testamentaria que anunciaba la reunión del pueblo en Dios.

Después de la etapa del Bautista y después de un tiempo de intensa predicación escatológica, Jesús toma conciencia progresivamente del rechazo que la gran mayoría de su pueblo opone a su mensaje. A partir de un determinado momento ante la tensión creciente con los responsables religiosos de Israel, Jesús ha debido contar con la posibilidad de un final violento. Después, la imagen de la muerte se toma cada vez más clara para El. Lo demuestra la parábola de los niños que están en la plaza (*Mt* 11,16-19 = *Lc* 7,31-35), el lamento sobre Israel que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados (*Mt* 23,37) y la parábola del viñador homicida (*Mc* 12,1-2 = *Mt* 21,33-44 = *Lc* 20,9-19). Jesús no solamente ha previsto esta muerte integrándola en su misión, sino que la ha interpretado, por último, como una exigencia divina (*Mc* 10,38-39 = *Lc* 12,50; 13,32-33); aun más, como un momento doloroso que conduce, sin embargo, a la victoria (*Lc* 11,29).

Lo histórico no puede juzgar la conciencia de Jesús, pero una lectura crítica de su predicación permite recoger en su mensaje un desarrollo, una maduración en sus palabras y, en consecuencia, un cambio en la presentación que El mismo hace de su misión. Esto significa, entonces, que es necesario aceptar que Jesús mismo ha efectuado modificaciones en la orientación de su itinerario de enviado de Dios.

El rechazo de su persona y de su mensaje que Jesús experimentó no provenía solamente de la autoridad religiosa o del judaísmo oficial sino de sus mismos conciudadanos y hasta de su misma familia. Aparecerá como un hombre loco a quien ellos debían salvar alejándolo de su actividad pública y haciéndolo volver a su casa. *Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: Está fuera de sí (Mc 3, 21-32).*

Aceptado o rechazado, Jesús prosigue con firmeza y con decisión su misión de revelador. Su exigencia sobrepasa cualquier tipo de conciencia profética que el mundo judío podía concebir. Procede sin dudar ante sus discípulos y sin concesiones ante sus enemigos. Se pone en conflicto con la autoridad religiosa y con los grupos piadosos contemporáneos suyos. Su predicación y su actuar no tienen, ciertamente, nada que ver con una revolución política pero pone en discusión la religión oficial de Israel. Jesús se permitía actitudes de independencia respecto a la Ley como ningún profeta había osado jamás. No observar el sábado constituía una provocación intolerable. Prescindir de las purificaciones rituales significaba un abierto rechazo de las tradiciones de los ancianos; criticar la Ley de Moisés (Mc 7,9-13) suponía un claro desprecio de la función de los escribas. Por otra parte, consideraba la oración humilde del publicano superior a la del fariseo justo y observante (Lc 18,9-14). Los sacerdotes y los levitas aparecían, en sus palabras, como indiferentes ante un hombre herido y necesitado. Un samaritano, en cambio, se convertía en ejemplo de misericordia (Lc 10,25-37). Jesús pretendía, por último, actuar con autoridad en el atrio del Templo de Jerusalén y se permitía oponerse con violencia a aquel comercio que hacía posible el culto (Mc 11,15-18 = Mt 21,12-17 = Lc 19,45-46).

Intolerante hacia la religión oficial, Jesús se interesa en cambio, por los que la miseria social, moral y religiosa vuelve necesitados de la salvación. Los pobres son declarados felices, no porque sean pobres sino porque su pobreza está por terminar. Los seguidores de Jesús son reclutados entre los publicanos, los pecadores y las prostitutas (Mc 2,16; Mt 11,19; 15,1;21,32; cf. también Mc 2,17; Lc 7,37-39;15,2;19,7). Los discípulos del Señor son llamados "pequeños" (Mc 9,42; Mt 10,42; 18,10-14; 25,40-45) o bien "simples" (Mt 11,25 = Lc 10,21) contraponiéndolos a los fuertes y sabios. Pertenecían, en efecto, a la clase difamada que era llamada con desprecio "pueblo de la tierra" y que, por su ignorancia religiosa y su consiguiente conducta moral pobre, estaban excluidos de la salvación. Por eso Jesús era objeto de escándalo en el ambiente religioso piadoso: *Aquí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11,19 = Lc 7,34). Era escandalosa en la época de Jesús la costumbre de sentarse a la mesa con los publicanos y los pecadores. Buscar su compañía era cosa inaudita en el ambiente judío, incluso en Qumran, y ponía en evidencia la absoluta independencia y novedad de la palabra y del actuar de Jesús.

Jesús pone en la base de su actitud la autoridad misma de Dios, quien, en su bondad, acoge con gozo a la oveja extraviada (Lc 15,4-10; cf. 15,31-32), escucha el

grito de los miserables (Lc 18,1-8) y acoge la oración del publicano (Lc 18,9-14). El Dios de Jesús es el Dios de la misericordia. El Dios que ama todo aquello que ha hecho y no odia nada de lo que ha creado (Sb 11,23-12,2). El Dios que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva (Ez 18,23).

Estas indicaciones, aunque limitadas, nos permiten precisar rasgos del perfil del Jesús terreno y la compleja realidad de su persona. No se manifiesta como un ser divino. Al contrario, se manifiesta con las características propias del "verus homo".

Desarrolla su predicación y no modifica el contenido revelando así una maduración en la interpretación de la propia misión y una profundización en la comprensión del modo como debía manifestarse la presencia escatológica de Dios. Permanece, por lo demás, fiel a su misión de enviado de Dios y se muestra íntimamente unido al Padre. Así, en el momento en que percibe que la muerte violenta es parte de su destino, la acepta como voluntad divina y así asume el significado salvífico "para muchos".

Es difícil pensar que la "ignorancia" del Jesús terreno y los cambios de prospectiva con que ha vivido su misión fuera una artificiosa pedagogía "ad extram" y que no respondiera, por sobre todo, a la realidad de su experiencia personal. Son, por el contrario, la expresión más genuina de la realidad y de los límites propios de la condición humana. La exégesis histórico-crítica ha permitido re-encontrar, en los textos evangélicos los rasgos de la predicación y de la obra de Jesús de Nazaret que podemos considerar como expresión de su ser.

2. EL HIJO DE DIOS: JESUS, SEÑOR GLORIFICADO

Según la exégesis histórico-crítica, el Evangelio tetramorfo no describe directamente la figura terrena de Jesús de Nazareth pero ofrece una interpretación a la luz de la experiencia personal. El Jesús que predicaba se vuelve el Jesús predicado. El propósito de los evangelios no es hacer una presentación objetiva y estrictamente histórica de los sucesos narrados. Son, en realidad, un testimonio de fe en Jesús, muerto y resucitado, que relea las palabras y obras de su vida terrena a la luz de su condición gloriosa. En los evangelios, el hombre Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios en sentido estricto. Como tal conoce, habla y actúa de acuerdo con su dignidad divina. Todo el desarrollo y la maduración del mensaje y de la obra del Jesús terreno desaparece. El Hijo de David queda como un ser realmente histórico pero su dimensión propiamente humana es absorbida por el resplandor del Hijo de Dios.

La relectura de la historia partiendo de la fe se encuentra ya en la Antigua Alianza. El Nuevo Testamento, durante el tiempo de su formación, recoge el mismo principio. El acontecimiento pascual ha abierto una comprensión de la persona y del mensaje de Jesús de Nazareth que sigue un desarrollo constante aun cuando no en forma orgánica. Los evangelios contienen distintas cristologías. Cada evangelista, además, retoma aspectos de la tradición apostólica de carácter diverso y los dispone según su propósito teológico o parenético. En suma, la experiencia pascual está en el origen de las diversas reflexiones cristológicas y de las distintas comprensiones de la persona y de la obra de Jesús de Nazareth. La exégesis histórico-crítica permite hacer resaltar el pluralismo cristológico y soteriológico, a veces comple-

mentario, a veces discontinuo, fruto de la situación comunitaria, de las posibilidades y necesidades de la Iglesia primitiva.

Si bien la cristología apostólica sigue caminos diversos y manifiesta grados distintos de comprensión (esquema mesiánico, *Rm* 1,3-4; esquema de la humillación y de la exaltación, *Flp* 2,6-11; esquema misionero, *Ga* 4,4-5; esquema de la pre-existencia, *Col* 1,15-20) los cuatro evangelistas concuerdan, a nivel de redacción, en confesar la divinidad de Jesús no solamente después de la resurrección o en el momento del bautismo, sino ya desde la encarnación. La pre-existencia, noción que aparece bastante pronto en la iglesia primitiva (cf. *Flp* 2,6-11; *Col* 1,15-20) está subrayada sobre todo por Juan.

El Jesús de Marcos es el Hijo de Dios pero también el juez futuro en cuanto Hijo del Hombre. Sigue el camino de la cruz y muere ofreciendo así la salvación definitiva e indicando el camino que debe seguir el discípulo. El Jesús de Mateo es el Mesías prometido en el Antiguo Testamento, el Hijo de Dios vivo que trae el Reino de los Cielos a los hombres, el Señor presente en la Iglesia y el Hijo del Hombre que vendrá glorioso al fin de los tiempos. El Jesús de Lucas, en cuanto Señor resucitado, es el Salvador y, en cuanto Hijo de Dios, está en particular unión con el Padre desde su concepción en el seno virginal de María.

Pero el Evangelio de Juan representa el punto más alto y, también, el momento más concentrado de la cristología neotestamentaria. Expresa la experiencia presente de la Iglesia que vive el pasado y el futuro de Cristo, la pre-existencia activa cósmico-antropológica que abre su persona a dimensiones universales en el espacio y en el tiempo, la futura salvación y el futuro juicio ya presente en el Hijo del Hombre, Jesús. Si bien Juan insiste sobre las condiciones humanas de Jesús, el acento sobre la dignidad divina de Cristo condiciona todo su mensaje evangélico. Jesús es el Verbo eterno, Dios como el Padre, mediador de la creación. Hecho hombre, revela la voluntad salvífica de Dios y su gloria de Hijo unigénito, lleno de gracia y de verdad. Exaltado sobre la Cruz, deja este mundo y vuelve al Padre de quien recibe aquella gloria que tenía antes de la creación del mundo. El Jesús de Juan no esquiva afirmar su identidad con Dios: *"El Padre y yo somos una sola cosa"* (10,30); *antes que naciese Abraham yo soy* (8,58); *El que me ha visto a Mí ha visto al Padre* (14,9); *Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí* (14,11). El mismo evangelista subraya la divinidad de Jesús confirmada por los discípulos. *Hemos visto Su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad* (1,14 b). *A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, El lo ha contado* (1,18).

Es inútil insistir sobre la profunda cristología de Juan centrada en la pre-existencia y en la encarnación y no tanto en la Resurrección. El cuarto evangelio, por otra parte, ha determinado la cristología post-apostólica y patrística que se mueve en la línea joánica. Ya ésta, sin embargo, debe evitar una interpretación demasiado parcial, centrada únicamente en la divinidad de Cristo, a lo que podía llevar, precisamente, el mismo cuarto evangelio. La reflexión cristológica de Ignacio de Antioquía busca demostrar la humanidad de Cristo como fundamento de la fe ortodoxa amenazada por las tendencias gnósticas: *"Uno es el médico carnal y espiritual, generado y no generado, en la carne, Dios, en la muerte, vida verdadera, de María y de Dios... Jesucristo nuestro Señor"* (*Ef*, 7,2). También Justino insiste en la doble naturaleza de Cristo y afirma su pre-existencia: *"El Espíritu de Dios —el Logos— desciende en María"* (*I Apol.* 33,6; Cf. Taciano, *Or.* 7). Ireneo expresa

el mismo pensamiento con el mismo vocabulario: "El Espíritu de Dios por medio del cual todo fue creado, se ha confundido y unido con la carne" (Ireneo, *Ad Haer.* 4,31,2). Tertuliano habla de la "doble substancia de Cristo" (*Adversus Praxean*, 27,11) y la 2 *Clementis* 9,5: "Cristo, que era desde el principio Espíritu, se ha hecho carne".

Siguiendo la línea joánica, la cristología de los primeros siglos se concentra en el problema de la doble naturaleza de Jesús. Aparece condicionada por el error gnóstico y se ve obligada a demostrar el ser humano de Cristo. Insiste en su condición de hombre perfecto (*antrophos teleios*), fin de la encarnación, pero permaneciendo en el ámbito de la naturaleza humana como noción ontológica más que en el campo de la experiencia y de sus manifestaciones concretas. Se desarrolla así sobre todo una cristología que se expresa en términos de lo absoluto y de lo inmutable que caracterizan el concepto griego de "ousía" (esencia). Una cristología ontológica es finalmente estática. La persona terrena de Cristo en su realidad histórica desaparece de nuevo sumergida en el problema dogmático de la doble naturaleza: "*verus Deus et verus homo*". Para establecer el equilibrio entre las dos naturalezas del Señor Jesús, Hijo de David e Hijo de Dios, y evitar la negación de una u otra, se ha llegado a la definición dogmática que resume el contenido de la fe tradicional pero que responde a una polémica cristológica de tipo especulativo que tiene, sobre todo, un interés concreto por los acontecimientos históricos. El hombre Jesús de Nazareth, en efecto, pierde, en la reflexión cristológica del Padre, sus características de ser terreno que busca, espera, lucha, presenta y descubre existencialmente el itinerario de su propia vida.

Partiendo de una lectura directa de los evangelios, sin los instrumentos de la crítica histórica, los Padres de la Iglesia y los teólogos han atribuido a los textos el valor de una narración fiel de los acontecimientos de Cristo aunque estos eran, por el contrario, expresión de la fe y estaban destinados a generar la fe. Interpretando históricamente el contenido de los evangelios, la cristología se ha hecho historia. El Hijo de David es comprendido sencillamente como el Hijo de Dios. Sus palabras y sus obras, sus actitudes y sus decisiones son presentadas como expresión de su plenitud divina.

Los cuatro evangelios, que giran alrededor de la fe en Jesús muerto y resucitado, describen un ser humano inmerso en la divinidad, un hombre asumido por Dios, un Jesús de Nazareth en posesión de la gloria de Yahvéh. Esta visión cristológica globalizante, fruto de una experiencia de fe que no se detiene a distinguir las diversas fases de la historia en el itinerario mesiánico de Jesús, ha sido y es una visión justa, con la condición, sin embargo, de que no se pretenda identificarla con la realidad concreta de la vida terrena de Jesús. Un fruto precioso de la exégesis histórico-crítica, reconocido por la gran mayoría de los exégetas y de los teólogos, consiste en la posibilidad de distinguir el ámbito histórico del de la fe cristológica y deslindar, así, la diferencia entre la figura del Jesús terreno y la del Señor glorioso. Aunque no en todos los textos del evangelio, al menos en muchos, resulta posible distinguir historia y teología y encontrar ciertas características de Jesús de Nazareth que hacen su figura más cercana a nosotros y que subrayan la realidad humana de su existencia terrena con sus grandezas y sus limitaciones.

Esta doble imagen de Jesús, Hijo de David e Hijo de Dios, sin embargo, suscita una serie de problemas si se quiere llegar a una inteligencia coherente y a una asimilación integral de su persona, modelo del creyente, y de su mensaje. Para un

creyente que acepta el valor y los resultados de la exégesis actual, no es posible descuidar o minimizar el problema y el esfuerzo de buscar una respuesta adaptada tanto a los textos como a la propia vida.

3. PROBLEMAS Y PROYECCIONES

Entre los problemas cristológicos derivados de una interpretación histórico-crítica de los evangelios, tres resultan particularmente importantes. Antes que nada ¿cuál es la incidencia del Jesús terreno en la formación de la tradición apostólica? En segundo lugar, ¿qué clase de función cumple Jesús de Nazareth en la reflexión cristológica actual? Por último, ¿cuál es la importancia del Jesús terreno para determinar el modelo de nuestro seguimiento de Cristo?

— La primera cuestión se encuentra en la cristología neo-testamentaria. ¿Qué interés tuvo Jesús de Nazareth en su camino terreno para el desarrollo del kerygma y para la formación de la tradición evangélica después del acontecimiento pascual?

Ciertamente, la figura del Nazareno no fue considerada por los discípulos y por los apóstoles como una simple curiosidad del pasado, ni el tiempo de su historia en la tierra, una etapa terminada con su muerte y su resurrección. Aún más, la exaltación de Jesús transforma radicalmente la proyección de su mensaje y abre una fase nueva en la historia de la salvación. ¿Cómo ha sido recibido e integrado, entonces, el Jesús terreno en el anuncio del Evangelio del Señor glorioso? Su vida terrena ¿permanece sólo como simple punto de partida para la predicación apostólica? ¿Queda en lo externo o penetra en lo interior de la reflexión cristológica neo-testamentaria? Si el ser terreno de Jesús permaneciera solamente como un preliminar necesario para la economía de la salvación, si en realidad la obra salvífica comenzara y se desarrollara solamente a partir de la resurrección, la figura de Jesús de Nazareth, como tal, sería irrelevante para la misión cristiana de la Iglesia primitiva. Frente a este problema es necesario buscar un punto de referencia sólido, imprescindible para cualquier reflexión posterior: los cuatro evangelios canónicos nos presentan, simplemente, un Jesús glorioso, objeto de fe (como hace el apóstol Pablo) que, habiendo dejado este mundo, vive definitivamente a la diestra de Dios. No han permanecido con los ojos vueltos hacia el cielo. Al contrario, han retornado a la tierra. Han atribuido, más bien, la dimensión divina de Cristo manifestada en la resurrección, al corazón de su vida terrena. Esta fidelidad de la tradición y de la redacción evangélica al principio de la revelación, como historia, demuestra la función determinante que tiene el Nazareno para la formación del mensaje apostólico.

Queda todavía sin respuesta precisa cuál ha sido el proceso de recepción y asimilación que ha hecho la tradición evangélica primitiva frente a las relaciones biográficas conocidas entonces sobre el Jesús terreno. Es decir, falta todavía precisar posteriormente el desarrollo de la integración de las noticias sobre el Nazareno en la predicación apostólica. A tal interrogante se puede contestar, pero solamente en parte, y únicamente a través de un estudio cuidadoso de los textos evangélicos, los únicos testimonios que hemos recibido. El análisis crítico del Evangelio queda como un campo vastísimo de estudio para poder precisar la relación entre historia y cristología en la época apostólica.

— En lo que se refiere a la segunda cuestión, es decir, qué clase de función cumple Jesús de Nazareth en la reflexión cristológica actual, debemos reconocer que también ésta se encuentra ante una tarea difícil. ¿Qué hacer con los resultados del reconocimiento histórico de Jesús obtenidos por la mayoría de los estudiosos del Nuevo Testamento? ¿Cómo estructurar un tema coherente en el que el acontecimiento pascual, fundamento básico de una reflexión cristológica, dé un lugar, también, al Jesús terreno? ¿Cómo conservar en una reflexión sistemática el sentido genuino del mensaje específico de Jesús de Nazareth, el valor ejemplar de su obra, la importancia de sus actitudes y la eficacia de su llamado profético al seguimiento? ¿No es un esfuerzo inútil para la dogmática el trabajo histórico de reconstruir la “*ipsissima vox Jesu*” o el de precisar cuáles fueron las exigencias de Jesús como profeta, qué autoridad atribuía a su misión, qué implicancia tenían sus actitudes independientes de la Ley y de la tradición de Israel? ¿Cómo puede encontrar este Jesús de Nazareth un significado determinante en el discurso cristológico que tiene como objeto central el Cristo glorioso, fuente de salvación para cada creyente y garantía de su Iglesia, presente como Dios en medio de los suyos hasta el fin de los tiempos? Llegamos al meollo de nuestra pregunta. El problema del Jesús terreno no está ya circunscripto a la dificultad, más o menos grande, de encontrar sus rastros históricos. Obliga a integrar su realidad terrena en el discurso global y coherente sobre el Señor resucitado.

Si el Jesús terreno fuese, como argumenta J. Jeremías, el criterio determinante para establecer la posibilidad y justificar el valor de cualquier reflexión cristológica actual, el problema estaría resuelto. Pero esta hipótesis no encuentra mayor consenso. En el centro de la cristología permanece el kerygma pascual.

Es cierto que todos los grandes estudiosos cristológicos actuales dedican una atención primordial a Jesús de Nazareth. Reconocen en El al “*verus homo*” —con todas sus características de acuerdo con los resultados más sólidos de la exégesis histórico-crítica. Así Karl Rahner, Edward Schillebeeck, Wolfgang Pannenberg, Hans Küng. Pero sus exposiciones no escapan a la ambigüedad. Reconocen el hecho de la maduración humana de Jesús, el sentido propio de su mensaje terreno, y recogen las distintas cristologías neotestamentarias pero no alcanzan la síntesis de todos estos datos en un discurso cristológico especulativo coherente y unitario. ¿Deberemos pensar que un discurso cristológico sistemático, fiel a todos los datos de la Escritura y de la tradición, es difícil si no imposible?

Conviene mencionar aún los fundamentos principales para establecer una continuidad entre el Jesús terreno y el Señor glorioso: la identidad de su persona; su pretensión de Hijo y su seguridad de una intimidad sin límites con Dios; su llamado al seguimiento y a la radicalidad; su independencia de la autoridad oficial y su libertad ante las Instituciones religiosas de Israel; la continuidad de la acción divina en El. Todas estas características son consideradas como la raíz presente en la persona y en el mensaje del Nazareno, que lleva hacia el acontecimiento pascual. Es ésta una perspectiva que orienta a la cristología actual: de ahora en más, la cristología sistemática no puede ya dejar de lado al Jesús terreno aunque permanezca siempre el problema de una integración coherente con el Hijo de David en una reflexión sobre el Hijo de Dios.

Queda, en fin, el último interrogante: ¿cuál es la importancia del Jesús terreno para determinar el modelo de nuestro seguimiento de Cristo? No querría concluir estas reflexiones con un discurso parenético. Sin embargo en esta pregun-

ta aparece un punto esencial del tema propuesto: "*Auscultare Christum*" en la Escritura. Conviene indicar las exigencias y los resultados de un escuchar plenamente la palabra del Hijo de David y del Hijo de Dios.

Si se acepta el relieve dado al Jesús terreno en la exégesis histórico-crítica, resulta parcial y unilateral una comprensión de nuestra vida concreta sólo a la luz del Cristo glorioso. Ciertamente El es, como está presentado por el Evangelio y también por Pablo, el hombre nuevo por excelencia, el hombre transformado, glorificado, el ideal de nuestra esperanza escatológica. Sin embargo, el Nazareno se nos presenta como el "*verus homo*" terreno, libre, independiente, crítico. Queda como el modelo de una búsqueda del propio destino en la fidelidad a Dios y en la independencia ante personas e instituciones. Es el ejemplo de un camino hacia el Padre, no conocido antes, sin temer a los poderosos y al servicio de publicanos y pecadores. Desde el momento en que el "*auscultare Christum*" significa también escuchar al Nazareno, no podríamos tender equilibradamente hacia la plenitud escatológica del Señor resucitado sin estar signados, condicionados, formados por el mensaje y por el comportamiento del hombre Jesús. Por eso, el seguimiento de Jesús de Nazareth, su llamado a la libertad, su exigencia de autenticidad, su rechazo de una piedad convencional, su compromiso incondicionado a favor del hombre como tal, son para nosotros la palabra provocativa del Hijo de David que llega hasta nuestros días.

Una "*lectio* bíblica" que respeta una correcta interpretación histórica del evangelio puede enriquecer, sin duda, una vida cristiana fundamentada en el modelo cristológico del "*Kyrios*", del *Pantocrator*, del "*Rex regum et Dominus dominatum*" y puede así impedir que nos deslicemos por una visión confiada de la existencia cristiana y en una espera exclusiva de la salvación escatológica. Puede liberarnos, también, de una vida sin mordiente y de una aceptación, a toda costa, del orden establecido.

El esfuerzo de buscar en el Evangelio los rasgos del Nazareno ¿no podría ser la contribución específica de una exégesis actual al "*auscultare Christum*"?

Traducción del italiano

por María Delia Alonso, *osb* - Monasterio *Gaudium Mariae*

Pius-Ramon TRAGAN
Montserrat/Cuxa